

REVERTE LE PONE LETRA A GOYA

EL CREADOR DE ALATRISTE FIRMA UN DOCUMENTO SOBRE EL LEVANTAMIENTO DEL 2 DE MAYO CON UN RIGOR QUE RECUERDA A LAS PINTURAS DEL AUTOR MAÑO

Si Pérez-Reverte había hecho agua en su *Cabo Trafalgar*, ahora acierta en la diana con su narración de un día de cólera, el dos de mayo de 1808, en Madrid. La jornada, que terminó en el famoso cuadro de los fusilamientos de Goya, está descrita por uno de los mejores escritores en castellano como un documento histórico, al que no le falta de nada. Para Pérez-Reverte, ese día se decidieron muchas cosas en este país. En esas veinticuatro horas de furia, el pueblo llano demostró que tenía coraje, pero eligió emplearlo al revés, contra el enemigo francés, que nos hubiese librado de la dictadura de unos Borbones corruptos y del poder absoluto de la Iglesia en España. Que nos hubiesen limpiado al fin de siglos de caspa, lazarillos e incienso.

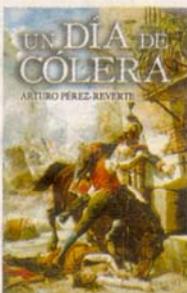
Hay que repetir que el libro se trata de un documento histórico. El escritor reproduce memorias de la época y reconstruye casi minuto a minuto la lucha por las calles de Madrid. Recupera hasta los listados que existen de muertos y heridos, y su condición social. No habla solo de los oficiales Daoiz y Velarde. Hay mil puntos de vista, el de todos los implicados, franceses incluidos. Hasta sale el afrancesado Leandro Fernández de Moratín y quienes le envidian el éxito y las polainas al autor de *El sí de las niñas*. El texto está redactado en presente, lo que le permite a Reverte acelerar los hechos a su gusto. Sabe transmitir, casi inocular en el lector, la sensación de agobio. El sentimiento de cómo todo se va agrandando, una bola de sangre, hasta terminar en la matanza que pasó a la historia. Desde el cuartel del Prado Nuevo hasta el parque de Monteleón. De la plaza de Palacio, donde se producen las primeras muertes, al Hospital General, donde están a punto de pasar a cuchillo a los soldados franceses enfermos.

No ocurre esta vez a una colección de insultos y de onomatopeyas como había hecho en Trafalgar. Solo las usa Reverte cuando son necesarias. Por ejemplo, cuando los españoles se preparan ante la llegada de los franceses y se oye el clac-clac de miles de navajas que se abren a la vez. Un experto en historia podrá analizar con lupa la documentación, pero la impresión que produce el relato es que el autor se la ha trabajado a fondo. Pérez-Reverte es una gran conocedor de esa época de España. Y el libro se cierra con una amplia bibliografía para los que quieran profundizar en el arrebato de cólera que se llevó, según fuentes, más de dos mil franceses por delante, y medio millar de españoles. Un arrebato en el que hubo de todo. Hasta un macetazo que termina con la vida de un oficial francés. Pelearon hombres y mujeres. Y el francés al mando, Murat, mandó disparar contra todos los sublevados sin mirar su condición de sexo ni edad. Y, finalizado el grueso de la tragedia, consiguió con el castigo al pueblo, con fusilamientos y represalias casi casa por casa, hechos que también recoge Pérez-Reverte en su obra.

El autor de Cartagena vuelve a la narración larga e histórica, después



Un detalle de «La carga de los mamelucos», de Goya



NOVELA HISTÓRICA
«Un día de cólera»

Arturo Pérez-Reverte. Ed. Alfaguara
394 páginas. 19.50 euros. **

Pérez-Reverte alinea a los protagonistas de esta historia como si fuesen una batería de precisión para narrar los hechos

de su libro más íntimo, *El pintor de batallas*, con un rigor que impresiona y con ese nervio que tiene al contar y que solo puede recibir el nombre de talento. Reverte no es solo un autor de libros que se venden como pan caliente. Es también un escritor que sabe dónde se pone el acento y cómo se agarra el corazón del lector.

César Casal

UN AUTOR DE FILIAS Y FOBIAS

Arturo Pérez-Reverte no deja indiferente a nadie. No hay medias tintas con este hombre que lo fue todo como corresponsal de guerra y que lo es todo como novelista. No hay en su escritura un género definido ni un estilo concreto. Cada libro para él es un reto y debe ser afrontado con distintas alforjas. No es amigo de los escritores de cámara que no abandonan su cámara ni su camada de aduladores. Famosa fue su polémica de artículos cruzados con Francisco Umbral, que está en el extremo opuesto de Reverte como estilo. Umbral es justo lo que odia Reverte. La denominada prosa sonajera, los efectos especiales de las metáforas sin más fin que arder un segundo en el aire después de leerlas y que no comunican vida de verdad.

Reverte es de los que cree que las historias están siempre en las calles. Que lo que hay que hacer es poner el oído, documentarse y currar. Tres principios muy periodísticos para quien fue redactor antes que escritor. No quiere decir que sea el cartaginés un autor plano. Tiene sus buenos párrafos, esos textos que se escapan de los dedos a toda velocidad, que salen de dentro. Como el propio Reverte dijo para alabar a su amigo Montero González, párrafos que «parece que los has hecho con la mano de Dios sobre tu hombro». Como lector amante de lo extraño y lo cercano creo que se puede disfrutar con Reverte y con Umbral, con el rigor y con el encanto. Cada hora tiene su afán.